EL PENSADOR MEXICANO, PERIODISTA

POR JOAQUIN RAMIREZ CABAÑAS

Lizardi fue sólo el Pensador Mexicano, y éste un periódico minúsculo que se hizo carne y sangre por obra de la voluntad popular; carne palpitante, agitada por un extenso y profundo temblor múltiple. Si tratásemos de formar un catálogo ordenado y minucioso de las ideas de este hombre infatigable, o bien de definir y acendrar sus lecturas, las fuentes de su erudición (ha intentado esto Salvador Novo), y de recoger cuidadosamente su léxico y sus pintorescos modismos (labor que emprendió hace algún tiempo Mariano Silva), llegaríamos a la conclusión de haber estudiado no la obra de un hombre, sino un trozo de vida en una sociedad pequeña y bárbara, un parvo jirón desgarrado a los principios del siglo diez y nueve hispanoamericano. Es el sentido común el que nos habla en estos papeles, en estas no-efímeras hojas periodísticas y estas recias páginas de novelas, sermones profanos y fábulas edificantes; ¡pero qué admirable sentido común, y qué extraordinaria organización tuvo el cerebro del escritor que así supo recoger y vaciar en formas duraderas las palpitations de vida de su pueblo y de su tiempo! Porque fue, ante todo y sobre todo, un periodista, un encauzador y un estructurador de la opinión pública; escribió por aquellos que no podían escribir; y sufrió prisiones y molestias por aquellos que no estaban dispuestos a sufrirlas. Con toda exactitud ha dicho Luis G. Urbina: "Fernández de Lizardi puede llamarse, literariamente hablando, hijo de la Constitución de Cádiz. Ella lo alentó, lo estimuló, lo lanzó definitivamente. Desde que se promulgó la libertad de imprenta, él se presentó como un voluntario del pensamiento... en ninguna otra de sus obras se revela Fernández de Lizardi tan de cuerpo entero como en la que, precipitadamente escrita, en la hoja volante, en el papel, refleja la momentánea impresión, el influjo directo del medio social sobre el espíritu generoso y libre de este hombre atrevido."¹ Y sus coetáneos le reconocían unánimemente derechos de prioridad por tácito acuerdo: "Empresa más ardua es todo esto que domesticar fieras, y es la que debe empeñar a vuestras

1 Antología del Centenario.—México, 1910.—T. I. Pág. 131.

plumas: que lleve la vanguardia el Pensador, como la lleva en la utilidad de sus escritos..."² Y también en este otro juicio: "Inmediatamente que se publicó el Fernandino salieron otros varios papeles, de los cuales el mejor, sin duda, es el del Pensador Mejicano, haciéndole cargos tan justos, que el autor, temiendo seguramente la calificación de la junta de censura, tomó el partido de cantar la palinodia en medio pliego de letras gordas."³

I

La obra de Lizardi se nos ofrece espontáneamente dividida en tres partes: a) trabajos periodísticos, El Pensador, El Conductor Eléctrico, etc.; b) sus papeles, que son más de un centenar y de tarde en tarde van apareciendo otros antes no registrados por los bibliógrafos,⁴ y c) trabajos de intención literaria. En este conjunto resalta lo más copioso de la obra periodística, en cantidad y frecuentemente también en calidad, pero la tercera sección asimismo lo es, por su lenguaje, su contextura y sus propósitos, ya que la actitud docente (concepto primario en el periódico de aquella época) y la finalidad moralizadora no flaquean un segundo y son encauzadas por los senderos de un costumbrismo el más adecuado a los fines del autor.

Los papeles, de cuatro, ocho, diez y seis páginas, que se van sucediendo sin tregua y a las veces atropelladamente, son a manera de escape para el dinamismo inestable del Pensador cuando falta la pauta de la hoja que se imprime a periodicidad sabida. Y aun desde el punto de vista económico, no es posible encontrarles otra interpretación, puesto que son el medio de allegar el pan cotidiano; se vendían bien y a subidos precios (un real como término medio). El panfleto y el pasquín fueron entonces de venta a contado, sin compromiso ulterior, como lo entendemos de las mismas palabras de Lizardi: "los escritores que no quieran dar su nombre al público, deben ser los primeros que lo oculten, pues he advertido que muchos con continuación van a la imprenta, hablan de su papel, lo ven, lo releen, lo corrigen, acaso están al tiempo de su venta en la misma librería, en donde también hacen la cuenta de las utilidades que les produjo..."⁵ y, en cambio, cuando la publicación no tiene carácter esporádico, existe el compromiso del abono: "Sepa que en esta clase de impresos los periódicos después de admitidos

2 "El Genio de la Libertad".—Puebla, septiembre de 1820.

3 Semanario Político y Literario de México, 1820. T. I. Pág. 21.

4 Luis González Obregón. Don José Fernández de Lizardi: El Pensador Mexicano.—México, 1888.

5 El Conductor Eléctrico.—México.—No. 19. Pág. 161.

por el público son más apreciables que los papeles sueltos, de los que hoy sale uno de un autor y otro nunca o cuando se le antoja, por no estar comprometido, y por lo mismo son preferibles, como también porque al periodista se dirige el público para dar a luz sus comunicados que de otra suerte no pudiera, por no tener a punto fijo adonde dirigirse. Sépase, si lo ignora, que merecen los periodistas tal distinción, que se la concede aun la hacienda pública en los portes de correo, lo que no verifica con los demás escritores particulares... ”⁶

II

La primera época de la vigencia de la Constitución fue muy breve, puesto que la libertad de imprenta se suspendió por bando del virrey el 5 de diciembre de 1812, y debe tenerse en cuenta que esta libertad de prensa constituía la ventaja práctica de mayor entidad para la Nueva España, aun cuando los excesos y abusos que se cometían habitualmente no llegaran a tener corrección. Lo mismo en el año doce que en el veinte, la vigencia de la Constitución no podía remediar muchos males, que antes que ponerse a la sombra de las leyes se amparaban en el elástico concepto de la necesidad. Así, en el papel que antes citamos, “El Genio de la Libertad”, se expresó terminantemente: “La necesidad no está sujeta a las leyes, y esta necesidad, no cesando de obrar desde que se dio el primer paso de la revolución, con asaltar a un Virrey, ha dictado imperiosamente la creación de comisiones sanguinarias, tribunales revolucionarios y vaciados sobre el molde de aquel club de jacobinos, de aquella famosa junta de salud pública... Por este modelo se organizaron las juntas de policía, las de seguridad, los consejos de guerra permanentes, los tribunalillos de requisición, servidos por hombres tan bien intencionados como los que componían aquel consulado del año de 1811, que escandalizó al Congreso constituyente de Cádiz con un informe tan político como filosófico sobre las cualidades físicas y morales de los americanos. En esas asambleas judiciales, hijas de la necesidad, suprema legisladora de los mexicanos, se movían los juicios por acusaciones de espías, se probaban por declaraciones de otros espías y las sentencias se pronunciaban por las leyes penales del ejército, combinadas siempre con la necesidad.”

Las disposiciones legales que se implantaron en materia de imprenta, crearon las juntas provinciales y la suprema de censura, a las cuales correspondía el conocimiento de cualquier denuncia que se hiciera de impresos, periódicos, papeles y libros, cuando se

6 El Conductor Eléctrico.—México.—No. 22. Pág. 182.

presumía que se habían hecho acreedores a alguna sanción, y si la junta estimaba que existía o podía existir la comisión de un delito, consignaba el negocio al juez común. El autor podía ocultar su nombre, pero era indispensable el requisito de hacer constar el nombre del impresor. Don Juan Wenceslao Barquera emitió sobre aquella ley el juicio que sigue: "Que esta libertad es un lazo, es innegable, pero ¿para quiénes? para los enemigos de la patria, para los calumniadores, infamadores y precipitados. Pero para un declamador de la verdad y para un hombre de bien, ingenuo y sencillo, no es lazo: éste, escudado con la justicia, como es público, puede hacerla ver a la junta provincial de censura en caso de juicio; y aun dado el que ésta le faltase, tiene el recurso de aguardar la declaración de la censura suprema. Hablad verdades, mexicanos, y acabad de conformar vuestras opiniones en justicia".⁷ Sin embargo, la ley era imposible que llegara a crear tal estado de justicia, y menos en una sociedad de monstruosa organización, tan atinadamente observada por Abad y Queipo,⁸ y de la cual no más que en su fase de egoísmos y odios por diferencias económicas y de origen, el mismo Calleja afirmaba: "El europeo, bien hallado con su egoísmo y sus comodidades quisiera que el gobierno sólo dictase prescripciones y decretos de sangre contra todo americano, y éste, por el contrario, sin escrupulizar sobre nada, reclama una indulgencia y disimulo hacia sus excesos, no satisfecha aún de lo que se le ha dispensado con benignidad poco común."⁹ Sobre esta admirable benevolencia, a modo de un telón de fondo, se destacaban rudamente los atentados de toda clase de funcionarios y ministriles, como se nos muestran en tan múltiples casos, que el intento de irlos detallando sería realmente cosa de no acabar nunca.¹⁰

En ese mismo linaje de sucesos queda enclavado aquel que aconteció a Lizardi el año trece, cuando "le anduvieron a los alcances, allanaron su casa, emplearon todos los medios de espionaje, y al fin, sin más formalidades ni requisitos, lo asaltaron y le redujeron a una prisión de siete meses, de donde salió absuelto de culpa y pena, aunque sin un maravedí, con la salud bastante quebrantada".¹¹ Sin embargo, su ánimo de luchador no sintió desmayo y pronto retornó a la antigua vida, venida la ocasión, para insistir en aquellas ideas suyas que le afirmaban rotundamente que una ley

7 Diario de México, 9 de octubre de 1812.

8 Obras.—México, 1813. Págs. 50-64.

9 Boletín del Archivo General de la Nación.—México 1930. T. I. Pág. 84.

10 Pueden verse, como ejemplos, la segunda "Carta del Pensador al Papista"; el papel de Puebla antes citados; "Predicar en Desierto: Sermón Pérdico", México, 1820; "Los Infractores de la Ley deben ser Castigados" México, 1820; "Mañanas Viejas Tarde se Olvidan", México 1820; y tantos otros que sería muy largo de recordar.

11 Preguntillas Sueltas al Pensador Mexicano. México, 1820.

puede cambiar costumbres, abatir corruptelas y hacer la felicidad de un pueblo. Esta definición no deja de ser elocuente y al alcance de todas las fortunas:

“Conservar la religión,
atar una mano al rey,
soltar las dos a la ley,
esa es la Constitución.”

III

Claro está que de cuando en cuando nos sale al encuentro algún lamentable ejemplo de error o de extravío. Así el caso del teniente Manuel Galán, veterano de Tres Villas, quien, preso por la caída de San Luis de la Paz, en poder de Mina, quedó reducido a un tercio de sueldo, es decir, a una asignación mensual de \$10.00. Dejémosle relatar a él mismo este momento de su lamentable biografía: “y agolpado mi espíritu de mil funestas ideas, para subvenir a ellas (sus miserias), entre las muchas que se me presentaron fue la libertad de imprenta, con lo que traté de imprimir, o reimprimir, papeles, para ver si podía remediar algo de lo que tanto había menester. En efecto, me resolví a abrazar este partido, y como no había de dar con un Redactor o buen periódico de Madrid, Esquife, o Noticioso de la Habana y Veracruz, se me vino a las manos el “Liberal a los bajos Escritores”, y lo hice reimprimir. El es verdad que contiene proposiciones escandalosas contra nuestro benemérito Virey, pero me propuse lucrar por este medio y que llegasen a su noticia, para que llamándome, le hiciese ver de cerca el estado de mi miseria y la demora del despacho de mi causa, que es quien la ocasiona”.¹²

Una simple ojeada sobre el formidable acervo de hojitas periódicas y de papeles, que entonces fatigaron las prensas de las tres imprentas de la ciudad de México, en ambos períodos de vida semiconstitucional durante el virreinato, y en la primera década del México independiente, nos convence al punto de lo heterogéneo y abigarrado de aquellas falanges de gente de pluma más o menos improvisada. La actividad mayor, y era natural, la habían asumido clérigos y abogados. La tendencia que se advierte en lo general, sin embargo, hasta en los primeros, fue de ponerse a tono con las noticias que alcanzaba, y el lenguaje que hablaba nuestro pueblo: “La Chanfaina Sequita”, que tuvo mucho éxito; “Don Antonio es Siempre el Mismo”; “Manos besan hombres que quisieran ver quemadas”, etc.,

¹² Impresión en la ciudadela del Teniente Galán. México.—Imprenta de D. J. M. Benavente y Socios. Año de 1820.

y algunos de aquellos resultan para nosotros rayanos en el clásico leperismo. Ya para 1828, las series de papeles constituían "Corrida de Toros" y "Nueva Corrida de Toros", que a primera intención nos dan idea de la manera y las finalidades que se perseguían, aun olvidando el suceso del Teniente Galán.

El uso y el abuso de la sátira era una convicción de la época; así lo exponía sentenciosamente el aventurero don Eugenio de Aviraneta: "Cuanto escriben Ustedes en su papel, no hacen Ustedes más que aumentar combustible a la hoguera, les repuse yo; con desvergüenzas y dieterios, no se mata un periódico. Es necesario hacer uso de la sátira bien manejada, que es el ramo más difícil de la literatura."¹³ En seguida él mismo proclama el éxito del procedimiento, en la campaña que tenía entablada "El Veracruzano Libre", órgano de los masones escoceses, contra el órgano de los yorkinos, intitulado "El Mercurio": "...sembré los boletines de sal ática, refiriendo la vida y milagros del enfermo, haciendo uso de palabras guachinangas, léperas y jarochoas, como se hablan en aquel país; todo con su sal y pimienta y con alguna gracia, y a la comprensión del vulgo...", y "El Mercurio" desapareció de allí a poco. Pero hubo siempre una pragmática seriedad, que abogó por que se llamase a las cosas por su nombre, convencida de que aquel sendero no podía seguirse en las empresas importantes: "Vosotros, sabios escritores, dejad esa táctica de recurrir a chistes y juegos de ingenio, porque son medios indirectos de que se burlen los serviles obcecados. Oíd la hipocrecía con que claman contra la libertad de imprenta: temen, según dicen, que la mordacidad y la calumnia se alimenten de sus defectos privados."¹⁴

El anonimismo de origen local que estaba en uso favorecía semejante corrupción, porque a tales extremos llegó lo que debía de ser no más que un ejercicio mesurado y saludable. Y no obstante todo ello, de esa fiebre juvenil nos ha quedado una copiosa y muy interesante literatura que, por desgracia, no ha sido aún estudiada suficientemente.

IV

Lizardi no pudo nunca someterse a esa costumbre para dar al público sus ideas, y todos sus papeles salían a luz, ora con su seudónimo, ora con sus iniciales, a menudo con el sello que usó en muchos de sus impresos y que era una cifra bien clara. La indiscutible superioridad suya sobre sus colegas radica en lo proteico y en lo sincero de su labor, y porque en la novela, en la fábula y el teatro, a igual

13 Mis memorias íntimas. 1825-1829. México, 1906. Pág. 59.

14 "El Genio de la Libertad". Pág. 7.

que en el periódico y en el papel, se guió siempre por las normas de una doctrina moral fija y de un programa bien definido; la forma es lo accesorio, aun cuando intuitivamente se condiciona y somete a los fines que persigue el autor. La ironía y la sátira en su pluma no degenera, que antes, por lo contrario, revisten gallardía superior al ambiente en que fueron; y lo común, lo constante en él, se inclina de preferencia a una solemnidad espontánea y sencilla y a la usual gravedad docente.

Como es un creyente convencido, se vuelve todo sinceridad en sus campañas. La meta está en mejorar la vida, por la salud interior y por las comodidades exteriores, y con igual resolución lucha contra las malas costumbres como en pro de la instrucción pública, que quiere sea obligatoria y para la cual se desentendía un poco a las veces en detalles de métodos;¹⁵ contra las corridas de toros y en favor de los servicios y mejoras materiales del municipio, pero siempre su preocupación señala el norte del bienestar de las clases populares, y como es sincero y franco en el hablar, sus devotos forman a miles en esas filas, a pesar de que muchos de ellos no hayan tenido ocasión de leer por sí mismos los escritos del Pensador. Cuando se daba noticia por otro periódico de la aparición de "El Conductor Eléctrico", el programa resulta condensado atingentemente en estas líneas: "...se propone instruir a los lectores en algunos elementos de derecho público; explicar algunos artículos de la constitución; copiar las cosas particulares, útiles y dignas de saberse, ya inéditas y ya impresas en otros periódicos; ofreciendo un lugar distinguido a las bellas letras y con especialidad a las poesías sobresalientes. . . Nosotros creemos muy conveniente la publicación de este papel, y no dudamos que producirá buenos efectos, principalmente en las clases medias del estado, que son las que más necesitan de explicaciones claras y sencillas de cuanto toca a las nuevas leyes que felizmente nos gobiernan."¹⁶

Para don Ignacio M. Altamirano, "el Pensador era un apóstol del pueblo, y por eso éste lo adora todavía con ternura, y venera su memoria como la memoria de un amigo querido. Su moralidad es intachable, y era con el acento de la verdad y de la virtud con el que moralizaba y consolaba a los desgraciados y condenaba a los criminales."¹⁷ Creemos nosotros que, para mejor comprender la fisonomía y la obra de este escritor extraordinario, gran falta nos hace que haya quienes nos señalen cuáles fueron las excelencias y las flaquezas de algunos periodistas de aquellos tiempos, como el Dr. Cos, Maldonado, Villavicencio, Bustamante, Santa María, el Dr. Mora y otros cuyos nombres no acuden ahora a la memoria.

15 El Conductor Eléctrico. No. 14.

16 Semanario Político y Literario de México. Pág. 21.

17 Revistas Literarias de México.—México, 1868. Pág. 44.